

EPÍLOGO

FRANCISCO LÓPEZ MUÑOZ⁸⁷⁵



Cuando mi querido amigo Tomás García Castro me llamó para invitarme a evaluar su nueva obra y aportar un epílogo a la misma, ya intuía yo que no podría negarme a ello, primero por el rigor que Tomás siempre imprime a sus creaciones, y segundo porque se trataba de una historia de la Guardia Civil, con lo que ya no quedaba rescoldo alguno que apagar en mi decisión. Finalmente, al especificarme el tema concreto, vinculado a la historia de Valdepeñas, a la que me une una gran afinidad, como paisano de la cercana localidad de Villahermosa, la propuesta se tornó en obligación. También era consciente que el texto que ponía en mis manos sería una obra robusta, sentida y rigurosa, por un triple motivo. Tomás está curtido en las lides de la pluma, es un valdepeñero integral y siente una pasión desbocada por su benemérita Institución, la Guardia Civil. Y así ha sido, pues ha tratado el vínculo histórico entre Valdepeñas y la Guardia Civil con la maestría que habitualmente estampa en sus obras, con un estilo didáctico, equilibrado entre la precisión historiográfica y la sensibilidad personal. No se trata, pues, de halagar, sino de hacer justicia. Y también creo, estimado lector, que tras haber leído las páginas que anteceden a este texto, me darás la más absoluta razón.

Esta obra constituye un doble homenaje; a Valdepeñas y a la Guardia Civil. La brillante trayectoria de Tomás en el Cuer-

⁸⁷⁵ Doctor en Medicina y Cirugía, doctor en Lengua Española y Literatura, doctor en Biomedicina y Farmacia, diplomado en altos estudios de la defensa nacional (CESEDEN), catedrático de Farmacología, vicerrector de investigación, ciencia y doctorado de la Universidad Camilo José Cela, académico de número de la Real Academia Europea de Doctores y académico correspondiente, entre otras, de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares. Guardia Civil honorario y primer profesor honorario de la historia de la Guardia Civil.

po, durante más de 30 años, en la actualidad como capitán y experto en riesgos laborales y en psicología aplicada, y su atracción al terruño natal, han forjado los cimientos de una obra de gran autoridad, erudición y compromiso, que trasciende lo meramente histórico. Este texto, que se ancla en el rescate de testimonios locales, documentos institucionales (desde las actas capitulares del Ayuntamiento hasta el escalafón general y los expedientes individuales de los miembros de la Guardia Civil), y material historiográfico y de hemeroteca de los siglos XIX y XX, no es una mera crónica, sino un retrato vivo de la sociedad valdepeñera. Porque, como investigador y vecino, el autor sabe que no hay historia pequeña y ha dado voz a cada guardia civil que pasó por Valdepeñas, contribuyendo a dibujar el mapa social de la vida de esta localidad manchega.

Se trata de una obra de deliciosa lectura, plagada de cientos de historias y anécdotas, algunas conocidas, otras ignotas, muchas tremendamente curiosas, que mantiene siempre viva la llama del interés y que, sin perder el rigor académico en ningún momento, suscita la atracción de todos los públicos interesados por la historia, en general, y de Valdepeñas y de la Guardia Civil, en particular.

El término «epílogo» procede del griego y viene a significar conclusión (*epi* –«sobre»– y *lógos* –«palabra» o «discurso»–). Por tanto, yo concluyo –e intuyo– que el lector, que ya ha recorrido las páginas de esta obra, «VALDEPEÑAS, muy heroica y BENEMÉRITA ciudad. Valdepeñas y la Guardia Civil. Su historia. Parte I: 1808-1936», seguro que ha sido testigo de un relato que trasciende lo institucional para adentrarse en el alma colectiva de una sociedad que, en su afán de orden, justicia e identidad, encontró en la Guardia Civil un espejo de sus anhelos y temores, y ha permitido reflexionar sobre las inherentes tensiones del poder, la política y la lealtad institucional.

Leyendo el pasaje sobre los heroicos hechos del 6 de junio de 1808, me vino a la imaginación cómo hubiera actuado, de existir, la Guardia Civil en ese momento, y veía a los guardias

en alianza estrecha con los ciudadanos de Valdepeñas, peleando al lado de Juana «La Galana», «el Cura Calao» y Francisco Abad Moreno «Chaleco».

En un periodo caracterizado por la violencia en los caminos y serranías, la creación de la Guardia Civil supuso la implantación de un pilar del orden en la vida cotidiana de la población española, y esto fue lo que sucedió en Valdepeñas, en 1845, con la llegada de los primeros guardias civiles, como el sargento Lorenzo Colomo, el cabo Francisco Martín o el guardia Agustín Nieto, que abrieron una nueva era para la seguridad y la convivencia en esta localidad, ampliando su foco de acción a múltiples labores humanitarias, desde peligrosos rescates hasta la ayuda de enfermos y desconsolados. Como médico, siempre me ha llamado la atención el artículo 6 de la famosa Cartilla del Guardia Civil: «será siempre un pronóstico feliz para el afligido». Lo que en Valdepeñas era una necesidad ante el bandolerismo y el conflicto, se convirtió en modelo de civismo, representado en la defensa de libertades y en la respuesta a los crecientes desafíos modernos que fue imponiendo el siglo XIX.

A los pocos años de instaurarse en nuestro país, la Guardia Civil contribuyó sustancialmente a la construcción del Estado moderno, con cifras de más de 40.000 detenciones en dos años —1846-47— en su lucha incesante contra el bandolerismo y el contrabando en toda España. En Valdepeñas, como en otras numerosas localidades españolas, su presencia cobró sentido al eliminar, paulatinamente, los bandidos de los caminos rurales, custodiando diligencias y convoyes ferroviarios, previniendo saqueos y robos, materializando la transición del orden informal a las estructuras del Estado liberal y estableciendo una creciente confianza en el poder de dicho Estado. El Benemérito Instituto —como fuerza nacional armada, con secciones de Infantería y Caballería— mostró su versatilidad operativa tanto en rutas propias de su actividad, como en auxilios humanitarios y sanitarios, llegando incluso a cubrir situaciones críticas, como partos o el traslado de enfermos en condiciones adversas. Todo ello constituyó a la Guardia Civil, no

solo como el garante del orden público y el elemento de consolidación del Estado, sino como una institución de cercanía, servicio y auxilio a la ciudadanía, integrada en el tejido social y cultural local. Y esta conexión no es nada trivial, pues refuerza la idea de que la Guardia Civil no llegó a la localidad como una fuerza externa, sino como un Cuerpo nacido del pueblo y destinado a servir al pueblo.

Durante el auge vitivinícola de finales del siglo XIX, la riqueza emergente en Valdepeñas no estuvo exenta de tensiones sociales, con jornaleros despedidos de su actividad laboral en los campos y protestas y conflictos en torno a la propiedad. Aquí emergió una Guardia Civil que no solo custodiaba caminos y carreteras, sino que también ejerció un intenso control social, menguando las protestas obreras en nombre del orden público. Y paulatinamente se fue gestando un poderoso peso simbólico en torno a la Institución. Durante los primeros años del siglo XX, Valdepeñas creció aceleradamente: electricidad, ferrocarril, nuevos palacetes, un notable incremento demográfico que duplicó a la capital provincial. Pero este desarrollo también aceleró la llama de los conflictos: con él vino una fragmentación social cada vez más visible —obreros, clase media, oligarquía agraria— que obligó nuevamente a los guardias civiles a intervenir en la vida cotidiana, ya fuera frenando protestas agrarias o asegurando la propiedad burguesa. El Cuerpo fue un instrumento de canalización del pacto social liberal, y adquirió una cierta impopularidad durante este periodo histórico. No obstante, el gran periodista Julio Camba explicaba magistralmente este fenómeno en su libro *Haciendo de República* (1934): «La Guardia Civil era exacta, era honrada y era insobornable... La Guardia Civil era una de las pocas cosas que funcionaban bien en España. De aquí su impopularidad».

Hace cuatro años publiqué un artículo⁸⁷⁶, en el que analizaba los valores que justifican el enorme aprecio por parte la

⁸⁷⁶ López-Muñoz F. ¿Por qué la Guardia Civil es la institución española mejor valorada por la ciudadanía, habitualmente? *Confilegal* 2021, Julio 4: <https://confilegal.com/20210704-opinion-por-que-la-guardia-civil-es-la-institucion-espanola-mejor-valorada-por-la-ciudadania-habitualmente/>.

ciudadanía hacia la Guardia Civil, que siempre la sitúa como una de las instituciones más valorada del Estado, y las respuestas creo que son múltiples: «una historia de 181 años ininterrumpidos de servicio al país, defendiendo siempre la legalidad establecida; su proximidad a los ciudadanos; sus altos índices de eficacia policial, que la sitúan entre los cuerpos más resolutivos del mundo; e, incluso, su carácter militar, con valores asociados de abnegación, obediencia y lealtad. Y, como no, su capacidad de sacrificio», puesta de manifiesto en los 6.000 guardias civiles que han fallecido en acto de servicio desde el origen del Benemérito Instituto. Y todo ello al más puro estilo de los versos de Calderón: «tratando de ser lo más, y de aparentar lo menos». Pero lo verdaderamente asombroso es que estos valores no se han quedado anclados en el desarrollo de un proyecto del siglo XIX, sino que se han perpetuado con el paso del tiempo y hoy en día se mantienen totalmente pujantes e íntegros entre los miembros del Cuerpo. En mi opinión, todos estos valores se han ido acrisolando a lo largo de los últimos 181 años, creciendo en la conciencia colectiva del pueblo español, para considerar a la Guardia Civil como su institución más valorada.

Esta obra nos confirma todo lo comentado anteriormente y nos deja una lección cristalina: la Guardia Civil no es patrimonio de una coyuntura pasada, sino una institución vivida cotidianamente, cuyas funciones se reorganizan con los desafíos de cada tiempo, y con un compromiso con los firmes valores —libertad, honor, servicio, disciplina— que sigue plenamente vigente, garantizando la protección de los ciudadanos frente a los actos delictivos, asegurando el cumplimiento de las leyes, defendiendo el libre ejercicio de los derechos y las libertades y preservando la seguridad ciudadana. Y Valdepeñas, como muchas otras localidades de España, continúa confiando en ella. Hoy, con nuevas amenazas —terrorismo, cibercrimes, violencia de género, despoblación—, la Guardia Civil se adapta y renueva, sin olvidar su significado fundacional. Como dijo hace años el expresidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, José Bono: «Si no existiera la Guardia

Civil, habría que inventarla». Y no puedo estar más de acuerdo con ello.

Bajo la pluma del capitán García Castro, la Guardia Civil en Valdepeñas aparece en toda su dimensión. Habrá quien haya visto en estas páginas una historia local; yo veo, más bien, una síntesis ejemplar de la construcción española del Estado liberal y del papel prioritario de la Guardia Civil. Tomás García Castro no solo cuenta una historia; invita a comprender cómo una institución se integra en la «muy heroica ciudad»; un retrato valiente, matizado y profundo de una institución que, en Valdepeñas, jugó un papel crucial en el tránsito de una España rural y tradicional a otra moderna e industrial. Y cierro este epílogo con enorme gratitud hacia el autor y con el deseo de que su libro sea lectura obligada, porque leer su relato es un homenaje a todos los que, con uniforme y sin él, construyeron la vida común en una de las épocas más determinantes de nuestra historia.

Solo me resta enlazar este epílogo con el prólogo de la segunda parte de esta obra, *VALDEPEÑAS, muy heroica y BENEMÉRITA ciudad. Valdepeñas y la Guardia Civil. Su historia. Parte II: 1936-2025*, que ansiosamente espero poder leer en breve y continuar deleitándome con la historia de Valdepeñas y de los hombres y mujeres de «paso corto y vista larga».

Francisco López Muñoz
Madrid, 21 de julio de 2025